

REVISTA DE REVISTAS

AUSSENPOLITIK

Año 22, núm. 2, 1971

ULRICH SCHWEINFURTH: *Umwelt und Aufgaben der Aussenpolitik* («Mundo exterior y tareas de la política exterior»), pp. 69-80.

Cualquier observador político se puede preguntar sobre si existe un problema para la política exterior como tal. Pues bien, sí existe, ya que es responsable por las relaciones mutuas entre los Estados, pensando todavía siempre en «Estados», eludiendo, donde y cuando sea, la relación entre la política mundial, o puramente exterior, y la interior de los mismos. A pesar de que existen ya ciertos convenios en este sentido.

La anterior concepción político-exterior se basa en el imperativo territorial, en la soberanía del Estado y en la existencia de los Estados particulares.

Es necesario que la propia política exterior desarrolle un sistema nuevo y adecuado, y si es posible lo más perfecto posible, y de acuerdo con las exigencias de la época con vista al desarrollo en un próximo futuro.

Es frecuente oír voces que abogan por la protección del aspecto político-interior de un país u otro por el mundo que lo rodea, por el mundo exterior. Lo que interesa es que tales intentos ya existen. Lo que pasa es que el ímpetu, al menos desde el punto de vista político-interior, no logra imponerse con bastante rigor. Mientras tanto, es innegable que la protección del mundo ex-

terior sobre el orden interior de un Estado es un hecho; se habla de la interdependencia dentro de un concepto de un solo mundo. Por consiguiente, hay que tomar iniciativas también en el campo de la política exterior con el fin de promover un mundo mejor.

¿Por qué? Porque nuestro mundo se está haciendo cada vez más pequeño, y la mejor prueba de este hecho la constituyen los medios y las posibilidades de comunicación tanto en palabra como en imagen. No por alguna casualidad los hombres vivimos en la Tierra.

S. G.

EUROPA ARCHIV

Bonn

Año 26, núm. 2, 1971

CHARLES PATRICK FITZGERALD: *Die chinesisch-sowjetischen Beziehungen un die Bedeutung des Grenzkonflikts* («Las relaciones chino-soviéticas y la importancia del conflicto fronterizo»), pp. 43-54.

La primera fase del conflicto chino-soviético es de carácter ideológico y, en realidad, empezó con la famosa exposición «secreta» que en febrero de 1956 pronunciaría Jruschov ante el XX Congreso del PCUS, denunciando los crímenes de Stalin. Entonces, son —hasta 1971— catorce los años de dicho conflicto. Repetimos, desde el punto de vista ideológico. Los comunistas chinos se quedan un tanto sorprendidos del «trato que les hayan proporcionado los soviéticos».

Lo cierto es que los chinos no querían ser de «segunda mano», claro está, en el movimiento mundial comunista.

La verdad es que la disputa—en contra de los deseos de los soviéticos—pasó al terreno ideológico, tratándose del curso propugnado por los chinos de que si al socialismo se puede llegar por vía parlamentaria o revolucionaria. El punto de vista soviético resulta ser un tanto ambiguo. Ni una ni otra cosa, sino algo «suyo», lo soviético, con el intento de conservar su papel líder en el movimiento internacional comunista. Los soviéticos defienden la postura de si es posible, en los países occidentales, llegar a conquistar el poder por medio de elecciones generales, al mismo tiempo se podría proceder a la implantación de una revolución, es decir, de un proceso más acelerado de imponer el comunismo. Los chinos opinan de otra manera: podría provocarse un golpe derechista en caso de peligrar el poder de la burguesía, etc. Los soviéticos no desean un conflicto armado, los chinos—según parece—sí. Y se limitan a designar ese peligro como «tigre de papel». El carácter de la disputa es más bien teórico, ya que hoy día ambas partes disponen de armas nucleares.

Las divergencias ideológicas condujeron a divergencias nacionalistas—y de ahí, los conflictos fronterizos, que representan la segunda fase de la disputa entre Pekín y Moscú. En cualquier caso, tanto los chinos como los soviéticos se limitan a calcular... sus respectivas fuerzas en pugna, con posibles intentos de suavizar la tensión. Lo cierto es que ambas partes están interesadas, al menos por el momento, en no excederse.

Año 26, núm. 3, 1971

KENNETH HUNT: *Japan auf dem Weg zu einer eigenen Verteidigungspolitik* («El Japón en el camino de determinar su propia política de defensa»), pp. 91-100.

La historia tiene un denominador común, según el cual la potencia económica

y el poder político van siempre juntos y, por tanto, no tardará mucho en manifestarse el potencial militar. Los Estados crean, en primer lugar, sus intereses; para defenderlos necesitan de fuerzas armadas, aunque al Japón no es posible, al menos en la actualidad, aplicar este criterio al pie de la letra. En cualquier caso se perfilan nuevas formas de desarrollar una propia política de defensa, y quizá contra su propia seguridad, ya que los gastos destinados a estos fines siguen siendo muy reducidos en relación con otras potencias. Al menos hasta ahora, el potencial económico no trajo tras sí una fuerza militar.

Es preciso subrayar que hoy día el Japón está comprometido en la política internacional de tal manera que—a diferencia de su situación de los años 30—no puede actuar independientemente, sino siempre respetando los intereses de otros pueblos. Por esta situación está condicionada también su política de gastos militares. El nuevo curso en este sentido queda determinado por una toma de conciencia extraordinariamente fuerte en su política exterior. Además, la doctrina de Nixon ofrece al Japón toda clase de posibilidades para no confiar la defensa del país única y exclusivamente en los Estados Unidos.

Perspectivas: el Japón seguirá procediendo con gran cautela su política de defensa maniobrando dentro de los límites que le son impuestos por la situación internacional. Es decir, la decisión de un Gobierno u otro hoy día depende del consentimiento de muchos países, especialmente en esta clase de problemas. El Japón se dio perfecta cuenta de su interdependencia respecto al exterior.

También es—y por esta razón—cierto que transcurrirá aún mucho tiempo hasta que el Japón ocupe en la política mundial el puesto que anhela o a que aspira, incluso que le correspondería por su potencial económico. Por el momento, su preocupación es de consolidar su poder económico.

WOLFGANG WAGNER: *Die Krise des kanadischen Selbstverständnisses* («La crisis de la autoidentificación canadiense»), pp. 101-110.

El mundo esperaba del Canadá mucho más en la política internacional de lo que ofrece, aunque en la ONU intente desempeñar un papel de intermediario, hasta de un factor neutral. Es el segundo país del mundo en la extensión territorial, sin embargo, cuenta tan sólo con 22 millones de habitantes. Además, pesa mucho el problema de las divergencias étnicas entre la zona inglesa y francesa. Ya sólo a causa de este hecho queda mermada su influencia político-internacional, aunque es obvio que la presencia del vecino del sur—los Estados Unidos—provoça reacciones de recelo, sobre todo en cuanto al *american way of life* y su cultura. Hasta cierto punto se puede hablar de una provocación, estando comprobado que Washington ve en el Canadá un territorio que bien pudiera servirle de *hinterland* y de reserva en todos los sentidos. El conflicto étnico franco-inglés desvía la atención del Gobierno del campo internacional hacia el interior. El Gobierno hace todo lo posible para que los dos idiomas y las dos culturas se encuentren en condiciones de plena igualdad.

En la búsqueda de su propia identidad, el Canadá no puede no ver el ejemplo de Francia, país que intenta sacudirse frente al potencial económico de Alemania occidental. El continente norteamericano se encuentra en una delicada situación de cómo llevar a cabo la convivencia entre los Estados Unidos y el Canadá. El resultado definitivo depende, en gran parte, del tacto y de la paciencia de Washington. Sería injusto y contraproducente para la Humanidad, si el Canadá, con su cultura específica, fuera, pura y simplemente, absorbida por los Estados Unidos. A pesar de la buena vecindad y de una profunda amistad entre los dos países.

PIERRE HARMEL: *Auf der Suche nach neuen Formen europäischer Sicherheit* («En busca de nuevas formas de la seguridad europea»), pp. 151-158.

Cuando se habla de la seguridad europea, es imprescindible darse cuenta de que existiendo una situación internacional especial, también el problema de este carácter reviste, automáticamente, nuevas formas de planteamiento, negociación y posibles soluciones, amén las correspondientes garantías.

En cierto sentido, Europa ya dispone de su seguridad, aunque considerándola como provisional, de otra manera no se habría levantado el Viejo Continente de entre las ruinas de la segunda guerra mundial. Claro está, la actual seguridad sigue siendo provisional, repitámoslo, y—por tanto—ningún país se considera como seguro, excepto como un peón dentro de la NATO o del Pacto de Varsovia, contribuyendo, en una u otra forma, al equilibrio de fuerzas entre los dos supergrandes.

Hoy día ya no son suficientes los bloques militares como factor de intimidación, sino que se busca un sistema más humano en que aparte de los Estados pudieran sentirse seguros incluso los ciudadanos de Europa. El problema consistiría en armonizar los valores cristianos con los humanos, las leyes morales con las de la justicia.

La búsqueda de nuevas formas de seguridad europea ha de pasar por varias etapas, con el fin de ir aminorando los antagonismos entre el Este y el Oeste..., para llegar a la concepción de lo que es y debería de ser Paneuropa.

Serán necesarios los esfuerzos de conseguir una distensión general, pero también es innegable que prosigan contactos no solamente bi, sino ante todo multilaterales, si es que, en efecto, se quiere llegar a una conferencia paneuropea de seguridad. Han de ampliarse las obligaciones recíprocas en el campo político, y en caso de constituirse tal conferencia, debería constituirse como

órgano encargado de velar por esta su-
puesta y deseada seguridad.

Año 26, núm. 6, 1971

WILLIAM E. GRIFFITH: *Das Konfliktverhältnis zwischen der Sowjetunion und den Vereinigten Staaten* («La relación de fuerzas entre la URSS y los Estados Unidos»), pp. 195-204.

La realidad determinante de la política mundial seguirá siendo la que se conoce desde la segunda guerra mundial, basada en la relación de fuerzas entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Esta relación no es, en primer lugar, de carácter ideológico, tampoco político, ya que una gran importancia revisten también los aspectos tecnológicos y militares. Durante los últimos años cambió dicha relación de la siguiente manera: se ha hecho más estrecha, más dinámica y, por tanto, más complicada; desde el punto de vista político y militar ha mejorado considerablemente la posición soviética, mientras en el campo económico y tecnológico lo fue para los Estados Unidos y, en general, para el occidente.

La política soviética combina expansión y distensión, mejor dicho, se sirve de la distensión para su expansión. En cambio, Norteamérica defiende el *status quo*, sólo que es difícil que se convierta en una potencia aislacionista. Además, la distensión interesa a los propios Estados Unidos, tal como se comprobaría a partir de la conferencia cumbre celebrada en Ginebra en 1955. Es como si carta jugada por la URSS fuera recogida con satisfacción. Quizá debido a los consejos de sus aliados, pero no menos al pueblo americano como consecuencia de los resultados de la guerra en Vietnam. No obstante, la desventaja para los soviets es notoria por no disponer de apoyo unánime y convincente de parte ni de los pueblos del centro y del este europeo, ni siquiera de parte de su propio pueblo—contra la influencia occidental—. Por esta razón, Moscú siempre

procura mantener alejado a su imperio de los posibles efectos de la política distensionista, pero sirviéndose de la misma frente a los países occidentales. No cabe duda de que esta táctica continuará aún mucho tiempo como uno de los principales instrumentos de lucha contra el exterior. Depende ahora de Washington qué postura tomará frente a su poderoso rival del campo socialista.

S. G.

INDIA QUARTERLY

Nueva Delhi

Vol. XXVI, núm. 3, julio-septiembre 1970

TON THAT THIEN: *Understanding the War in Vietnam: A Psychological Approach*, pp. 225-238.

Cuando preguntamos por los rasgos más significativos de la guerra de Vietnam, mucha gente pone de relieve su futilidad o crueldad. Pocos piensan en su complejidad. Pero su complejidad es la causa real de la prolongación, crueldad y futilidad de la guerra. Y la complejidad deriva de que en Vietnam no hacemos frente a una guerra, sino a tres guerras, es decir: 1) una guerra llevada a cabo por todos los vietnamitas, en distintos caminos, contra la dominación y control extranjero; 2) una guerra entre los vietnamitas comunistas y los vietnamitas no comunistas; 3) una guerra entre los bloques occidental y comunista para obtener el control de una área importante.

La guerra de un pueblo contra la dominación y el control extranjero es, por definición, una guerra nacionalista. Pero una guerra entre vietnamitas comunistas y no comunistas presenta también un carácter nacionalista: los no comunistas luchan no solamente por la preservación del objetivo individual, sino también por la identidad y la personalidad nacional, mientras que los comunistas combinan la obsesión de la transformación social, mediante la guerra, de clases, con un nacionalismo extremo. La

guerra entre los bloques occidental y comunista para el mutuo control de Vietnam se lleva también a cabo en nombre de la independencia vietnamita y sus derechos de autodeterminación, es decir, del nacionalismo vietnamita.

Una mirada al mapa demuestra que Vietnam es la ruta terrestre más accesible que une China a los mares del Sur. Si Vietnam no hubiese desarrollado un intenso nacionalismo hubiera dejado de existir hace mucho tiempo como nación independiente. Se puede comprender la actitud del Viet-Cong y sus hermanos del Norte. Sin duda, son comunistas. Pero también son vietnamitas. Lo que a los americanos, y también a los rusos, les parece irrazonable y suicida es simplemente la continuación de las tradiciones del país que ha sobrevivido dos mil años como nación gracias a su intenso nacionalismo. ¿Sería una sorpresa que, a diferencia de los rusos, los chinos hayan encontrado la actitud vietnamita perfectamente natural y comprensible? Los vietnamitas no comunistas han adoptado una actitud de desinterés porque han sido llamados a luchar junto a ejércitos extranjeros contra sus propios compatriotas y esta paradójica situación supone un formidable problema emocional. Si los deseos nacionalistas de dignidad y las ansias de tierra de los campesinos se satisfacen, entonces el Frente perderá sus más efectivos temas de propaganda.

T. G. RAMAMURTHI: *The Dynamics of Regional Integration in West Africa*, páginas 249-257.

Si Africa es un conjunto mal fragmentado, el Africa occidental es la peor afectada; en ninguna otra región de Africa hay tantos micro-Estados, el más pequeño de los cuales es Gambia, con un área de 10.000 kilómetros cuadrados y una población de 324.000 almas. Además, si las fronteras en Africa son artificiales y arbitrarias, en el Africa occidental son absurdas y caprichosas. En general, las fronteras administrativas (o internacionales) que el Africa occi-

dental ha heredado de los días coloniales corren hacia el interior desde la costa, dividiendo tradicionales fronteras tribales, culturales, lingüísticas y étnicas que corren paralelas a la costa. Y los territorios de las diferentes potencias coloniales dividían tanto regiones naturales geográfico-ecológicas como grupos étnicos y tribales. Como consecuencia, ninguno de los Estados del Africa occidental, con la posible excepción de Nigeria, tiene suficiente tamaño económico como para crear y sostener una economía moderna integrada con altos niveles de productividad. Además si la dependencia comercial es una característica de las economías en desarrollo, tal dependencia es crónica en los países del Africa occidental. Para superar los problemas planteados por la fragmentación, los Estados de esa área han buscado incrementar la cooperación con sus vecinos. Así han surgido muchas variantes en el proceso integrador, tales como la federación política (Federación de Mali), unión política (Unión Ghana-Guinea, más tarde extendida a Mali), unión económica parcial (Consejo de la Entente), unión aduanera (Unión Aduanera del Africa occidental), área de libre comercio (con el objetivo de cubrir Costa de Marfil, Guinea, Liberia y Sierra Leona), junto a un cierto número de acuerdos funcionales multinacionales. Bajo la inspiración y los auspicios de la ECA, los Estados han intentado coordinar el desarrollo de los recursos de agua y energía (Comisión Interestatal para el Desarrollo del río Senegal). La ECA también auspició varias conferencias sobre transportes e industria buscando la coordinación entre los países africanos occidentales. Finalmente la ECA inspiró la idea de una Comunidad Económica del Africa Occidental, cuyos artículos fueron firmados por 12 Estados, con la negativa de Guinea y Gambia, en abril-mayo de 1967. Desde el punto de vista político, lo peor en el Africa occidental es que hay Estados, pero no naciones. Y un requisito esencial para la integración transnacional es que previamente exista una integración nacional.

J. C. A.

OESTERREICHISCHE ZEITSCHRIFT
FUER
AUSSENPOLITIK

Wien

Año 10, núm. 6, 1970

BARBARA KOENITZ: *Der Einfluss der kommunistischen Partei auf das Militär im Ostblock* («La influencia del partido comunista sobre las fuerzas armadas en el bloque del Este»), pp. 359-379.

Después de la segunda guerra mundial, el mundo estaba convencido de que no habría más conflictos durante un tiempo bastante largo. Sólo que antes de lo previsto se habían formado dos grandes bloques militares.

En la URSS y en su órbita, las fuerzas armadas forman parte integrante del régimen, especialmente desde el punto de vista ideológico. En 1920, con motivo del segundo congreso de la internacional comunista, Lenin pidió que los intereses de la lucha proletaria en cada país quedarán supeditados a los intereses de la lucha proletaria a escala mundial; además, la nación que consigue la victoria sobre la burguesía, está capacitada para aportar los más grandes sacrificios para derrumbar al capitalismo internacional. Mientras tanto, en 1927, Stalin coloca al internacionalismo proletario en la situación de defender, sea como sea, y por todos medios, los intereses de la URSS por ser el baluarte de la revolución en todos los países del mundo. Breshnev, por su parte, afirma en 1968 que el comunismo no puede darse, de ninguna manera, sin ser el partido comunista el único partido líder, armado de los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, aunque cada país vaya construyendo el comunismo a su manera, conforme a sus propias particularidades.

En efecto, esta es la realidad, y de ella emanan los problemas relacionados con la naturaleza y con la estructura de las fuerzas armadas en un país bajo comunismo,

con la política soviética y con el llamado internacionalismo proletario. No cabe duda de que existe, y por la misma razón, un militarismo rojo, comunista y soviético, a pesar del policentrismo del movimiento mundial comunista y de la coexistencia pacífica.

S. G.

RELAZIONI INTERNAZIONALI

Milán

Vol. XXXV, núm. 14, abril 1971

MARCO INNOCENTI: *La politica estera dell'Iran* («La política exterior del Irán»), pp. 337-338.

Cuando están a punto de cesar en el Golfo Pérsico los últimos ecos del imperio británico, Irán aparece como el candidato local más calificado para la sucesión. Irán salió de la segunda guerra mundial gravado con una hipoteca doble, o sea, la economía británica y la territorial soviética. En 1956 se atenuó la «divergencia en la convergencia», después de que la URSS se retiró del Azerbeiyán, a la vez que se iniciaba el declive global de Gran Bretaña en Asia. Hubo luego, entre 1950 y 1953, el episodio Mossadeq, como paréntesis de confusa rebusca de una dimensión nacional y de un nuevo orden social. Después de que en agosto 1954 se hizo un acuerdo del Irán con el consorcio petrolífero internacional, se realizó la recuperación del poder de la Corona persa. Y el 3 de noviembre de 1955, con la adhesión al Pacto de Bagdad, el Irán quedó exteriormente ligado al sistema estratégico angloamericano del Cercano Oriente.

Después de deshacerse en 1958 el referido Pacto de Bagdad, el Shah y sus gobernantes acentuaron los aspectos asiático-islámicos regionales en el nuevo sistema de la CENTO; pero además iniciaron un acercamiento a la Unión Soviética. La visita

de Brezhnev a Teherán en noviembre de 1963 y la del Shah a Moscú en junio de 1965, consagraron una normalización entre los dos países.

Ahora los dirigentes de Teherán han tomado nota del hecho objetivo de la infiltración soviética en el contexto del Oriente árabe; pero respecto a ello diversifican su actitud. Al nivel de la causa (que es el expansionismo soviético) se trata de lograr una adecuación. En cambio a nivel de los efectos (que son los de la extensión del socialismo árabe y su proyección hacia la península de Arabia) la actitud es de contraposición y repulsa. Por otra parte, el reconocimiento iraní del Estado de Israel, que se efectuó en 1960, significaba una apertura de relaciones con un Estado que se consideraba el más avanzado tecnológicamente en el llamado Oriente Medio. Sin embargo, después de que en junio de 1967 tuvo lugar la guerra de los seis días, el Gobierno iraní declaró su «simpatía total» hacia la causa árabe. Aunque dicha simpatía no se haya traslucido en apoyos directos, sino sólo a través de la ONU con el apoyo a disposiciones como la resolución sobre Palestina que en noviembre del mismo 1967 dio el Consejo de Seguridad.

Durante los años más recientes, las líneas generales de la política exterior e interior del Irán han estado y siguen estando claramente dominadas por los problemas de recuperación económico-social.

Cuando desde 1958 quedó suspendido el apoyo financiero estadounidense por el cual Washington daba al Irán asistencia económica y militar, los gobernantes de Teherán se consideraron libres de todo compromiso obligatorio. Así dijeron que «el Irán está dispuesto a sostener su propio desarrollo». Era una patente de autosuficiencia económica; pero en seguida se sobrentendió que era también una exigencia de autonomía política. El Shah dijo: «El Irán, según las exigencias de sus intereses y conforme a su política independiente nacional, se esfuerza en desarrollar relaciones con todos los países del mundo, sin tener en cuenta sus sistemas sociales.» No obstante el deseo iraní de dar mayor espacio a esa

independencia, y la coordinación con unos rumbos de panislamismo, le impele ahora a buscar el relevo de Inglaterra en la posesión de las islas que dominan las bocas del Golfo Pérsico.

LUCILLA GALLAVRESI: *Dove va il Cile?*
(«¿A dónde va Chile?»), p. 339.

«No hay mayor error que querer comparar el caso cubano con el chileno; pues entre los dos países existen numerosas diferencias sociales, económicas e históricas. Chile es Chile. Lo que estamos intentando actuar en nuestra particular revolución es nuestra particular vía al socialismo, de un modo adecuado a nuestra situación social y económica.» Estas son algunas de las frases que pronunció el embajador chileno en los Estados Unidos, para disipar las dudas y la desconfianza en los ambiente políticos y económicos estadounidenses.

Estos ambientes se muestran bastante cautos. La ascensión de los nacionalismos de izquierda al sur del Río Grande, ha enseñado a Washington una táctica de espera elástica. Por ejemplo, en las relaciones con el Perú después de la expropiación de los yacimientos de la International Petroleum Company. En otros tiempos, una acción semejante habría llevado a la rotura de las relaciones diplomáticas, pero hoy las relaciones subsisten aunque sean evidentemente frías. Una posición semejante ha sido augurada para Chile por el ministro del Exterior, Clodomiro Almeida. Por ahora el punto más delicado de las relaciones entre los dos países, consiste en las reacciones de los ambientes financieros privados, ante las medidas de nacionalizaciones tomadas por Allende. Una rigidez de los institutos de crédito y de las grandes sociedades comerciales norteamericanas llevaría a un cese peligroso de la afluencia de inversiones, lo cual podría comprometer todo el plan de desarrollo. Una prueba decisiva pueden ser las negociaciones que se abrirán para las indemnizaciones a las sociedades cupríferas estadounidenses expropiadas. Pues las evaluaciones hechas por los expertos de Santiago han sido rechaza-

das por las sociedades, y habrá grandes discusiones sobre las cifras.

Pero aunque las relaciones fundamentales con Washington permanecen en una esfera de incertidumbre, en cambio la posición chilena en el sistema interamericano aparece sólida y favorable, pues Allende ha tenido el acierto de nombrar representante de Chile en la Organización de Estados Americanos, OEA, a Luis Herrera, que fue presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, y cuya obra ha valido a su país un aumento de solidaridad y respeto en todos los países miembros.

En el ambiente más vasto de las relaciones bilaterales es donde el gobierno de Allende ha demostrado mayor dinamismo para abrir nuevos contactos y mejorar otros. Por ejemplo, se sabe que en Santiago se prepara un plan para cancelar el viejo pleito de la desembocadura marítima de Bolivia; y que se hace todo lo posible para mantener excelentes relaciones con los susceptibles militares argentinos. Además se citan otras relaciones con países de Europa. Allende ha dicho: «Estamos abiertos a todos, y queremos multiplicar los contactos.» Es una táctica inteligente para un país que permanecía tradicionalmente aislado, y que puede recibir desde todas partes ayudas para proseguir sus finalidades de desarrollo.

R. G. B.

*RIVISTA DI STUDI POLITICI
INTERNAZIONALI*

Florenzia

Vol. XXXVIII, núm. 1, enero-marzo 1971

PAUL GINIEWSKI: *Bases de la politique européenne d'Israel* («Bases de la política europea de Israel»), pp. 41-46.

Desde la guerra de los seis días, la política extranjera de Israel ha experimentado cambios evidentes. La ruptura por Francia de su alianza no escrita con el Estado judío, fue el punto de partida y la señal más visible. La interrupción de las relaciones diplomáticas con la URSS por iniciativa de

ésta, y el apoyo cada vez más resuelto que Israel ha tenido que tomar de los Estados Unidos, han sido las consecuencias que probablemente han tenido un alcance más profundo. Al mismo tiempo pueden definirse las líneas de fuerza de la actual política europea de Israel; aunque dicha política esté marcada en cierto modo por las relaciones israelí-norteamericanas; y limitada al Oeste por Francia lo mismo que al Este por el bloque soviético. Es decir, disponiendo de unas posibilidades de manobra muy limitadas.

Italia ha sido el principal objetivo de la reorientación israelí. Además la misma Italia ha tomado un cierto número de iniciativas económicas y políticas, con el objetivo de diversificar su presencia en el Cercano Oriente, pero cuyos medios coinciden en gran parte con los intereses de Israel. Tanto por parte italiana como por parte israelí, esto es en cierto modo un resultado del vacío político que dejó la evolución por la cual Francia ha dejado de ser considerada como interlocutor. Israel ha hecho y hace compras importantes en Italia respecto a varios sectores de carácter militar, así como en la construcción naval y el equipo ferroviario. Además en la península del Sinaí, ciertos yacimientos petrolíferos egipcios ligados a intereses italianos, se encuentran ahora bajo ocupación israelí. Al mismo tiempo Italia juega un juego político y diplomático muy hábil manteniendo a la vez lazos estrechos con Egipto, Jordania, Siria y el Irak.

Sobre un plan menos mediterráneo y más propiamente europeo, Israel ha reforzado sus relaciones con Alemania (Occidental), cuyo papel es considerado fundamental por parte de Israel respecto a todo el casillero de Europa. Un porcentaje principal de la flota israelí ha sido construida en los astilleros alemanes, y respecto a los equipos militares la Alemania de Bonn ha desempeñado un papel que Israel no puede olvidar. Sin embargo, la mayor importancia de sus relaciones con Alemania consiste para Israel en las posibilidades indirectas que esto ofrece sobre el plan israelí-soviético. El gobierno de Israel piensa en efecto que en-

tre todos los países de Europa, Alemania es el mejor emplazado para contribuir a una mejora del ambiente y a una reanudación del diálogo con la URSS. Diálogo que constituye uno de los principales objetivos de la diplomacia de Tel Aviv.

Para Israel, su mayor problema internacional es evidentemente el de la penetración soviética en el Cercano Oriente. Israel tiene interés en que dicha penetración pierda sus formas amenazadoras, y quiere actuar juntamente con los otros países que buscan por la negociación, la coexistencia y la paz con la URSS. Las posiciones de Alemania y de Gran Bretaña favorables a tratar todas las formas de presencia soviética como un solo problema de necesaria solución global, son posiciones que coinciden con las tesis de la diplomacia israelí. Sobre todo Israel piensa que unas buenas relaciones germano-soviéticas pueden facilitar la estabilización próximo-oriental.

En cuanto a Francia, todas las opiniones autorizadas de Israel están de acuerdo en que la reanudación de las relaciones entre París y Tel Aviv tendrá que limitarse por lo pronto a objetivos muy modestos. Por ejemplo Francia ha apoyado la conclusión de un acuerdo entre Israel y el Mercado Común Europeo. En cuanto a las palabras de Pompidou cuando refiriéndose a la paz del Cercano Oriente ha dicho «Il faut que les Arabes reconnaissent Israël», se ha considerado casi idéntica al lenguaje diplomático israelí.

R. G. B.

THE JOURNAL OF MODERN AFRICAN STUDIES

Londres

Vol. 8, núm. 4, diciembre 1970

GEORGE N. NZONGOLA: *The Bourgeoisie and Revolution in the Congo* («La burguesía y la revolución en el Congo»), pp. 511-530.

La revolución anticolonial fue un gran acontecimiento en la vida del pueblo congoleño, y tanto las masas como sus líderes

burgueses esperaban mucho de ella. Las masas habían aceptado el liderato de los clérigos y otros grupos cultivados que se presentaban como sus portavoces y representantes ante el Gobierno colonial. Su esperanza era que sus condiciones de vida cambiasen después de la independencia, y esto era lo que sus dirigentes les habían prometido. Pero esta promesa no fue honrada después de la independencia por muchas razones, una de las cuales era el hecho de que la revolución anticolonial había enmascarado los conflictos de intereses que oponían los dirigentes burgueses al pueblo. Estos conflictos se abrieron después de la independencia cuando, en lugar de cumplir sus promesas, los líderes respondieron a las demandas o bien con nuevas promesas o con represión. Esta situación últimamente condujo a la emergencia del movimiento de la «segunda independencia» en la región del Kwilu y en la parte oriental de la nueva República.

Los grupos sociales existentes en el Congo son los siguientes: I) Burguesía, II) Comerciantes y otros independientes, III) Trabajadores urbanos, IV) Trabajadores agrícolas, V) Campesinos, VI) Parados. Estos grupos se corresponden con diversas categorías sociales: el I) corresponde a la de los intelectuales, el II) a la de los comerciantes, los III) y IV) a la de los trabajadores, el V) a la del campesinado y el VI) a la de parados. A su vez, el grupo I) se corresponde a la clase social de la burguesía nacional—aunque algunos de sus componentes (clérigos, maestros, institutrices, soldados y policías)—y los del grupo II) constituyen una subclase de pequeña burguesía; los grupos III) y IV) integran la clase trabajadora, el V) la campesina y el VI) el *Lumpenproletariat*. Estas clases sociales iniciaron su proceso inflacionario después de la independencia, por los políticos y los militares. El *Lumpenproletariat* desempeñó un papel crucial en la batalla por la independencia, a través de su decisiva acción del 4 de enero de 1959. El radicalismo de las masas paralizó la administración colonial en el Bajo Congo y la región

del Kwilu, pero los granjeros campesinos sufrían de fragmentación étnica y horizontal y fueron fácilmente explotados por los políticos que los empleaban para sus fines. Los trabajadores urbanos constituían, a causa de la estructura inter-étnica del movimiento laboral, una clase incipiente por sí misma, y adolecían de dos factores: la debilidad de su movimiento y su incapacidad para conseguir algún género de unidad entre los trabajadores agrícolas y urbanos. La pequeña burguesía tuvo éxito en asumir la dirección de las otras clases después de que Kasa-Vubu, Lumumba, etc., las habían agitado y después de que las propias masas iniciaran la revolución anticolonial y continuaran constituyendo una amenaza a las vidas y propiedades belgas en el Congo. La pequeña burguesía fue capaz de asumir el papel de emancipador sustituyendo a los dirigentes tradicionales. El tercero y último período de la batalla por la independencia significó también el principio de la lucha de clases en el Congo, al fin de las elecciones de 1960. Con la independencia, los funcionarios ocuparon los más altos puestos del servicio civil y, en 1960, la burocracia congoleña era uno de los servicios más africanizados del continente. Lo mismo sucedió con los militares y los maestros. La burguesía nacional estaba ya, en septiembre de 1960, en el camino de convertirse en la clase dirigente.

J. C. A.

WORLD AFFAIRS

Washington

Vol. 134, núm. 1, verano 1971

C. FERKISS, BÁRBARA y VÍCTOR: *Race and Politics in Trinidad and Guyana* («Raza y política en Trinidad y Guyana»), páginas 5-23.

Bárbara y Víctor C. Ferkiss consideran que una de las mayores paradojas políticas del mundo contemporáneo, tanto en lo nacional como en lo internacional, consiste en

el hecho de que mientras la tecnología va proporcionando mayores medios materiales para ir uniendo más al género humano, por medio de integraciones económicas, diplomáticas, etc., entre las naciones, al mismo tiempo las grandes fuerzas primordiales (tales como las razas, los lenguajes, los tribalismos, etc.), están acrecentando su importancia política, al ir creando motivos de división entre las gentes y los pueblos. Esto no sólo ocurre en las llamadas «nuevas naciones» del Tercer Mundo, sino también en los Estados Unidos y en las islas Británicas. Sobre todo ello, Bárbara y Víctor C. Ferkiss hacen notar que la pregunta básica o crucial que ha de hacerse respecto al sector internacional es la de saber hasta qué punto las diferencias entre poblaciones diferentes que conviven entre antagonismos raciales y racistas, pueden influir sobre la política general de los Estados donde esto sucede.

Trinidad y la Guayana británica ofrecen dos de los ejemplos más claros, y de mayor valor documental. Además los dos países se asemejan desde muchos puntos de vista. Guayana es territorialmente mucho mayor, pero la parte donde se agolpa la población no es más extensa que la extensión total de Trinidad. Guayana tiene menos de 800.000 habitantes, y Trinidad cerca de 900.000. Su anterior historia como posesiones coloniales inglesas fue análoga; basada en el cultivo de la caña de azúcar que primero se hizo con esclavos negros, y luego se añadieron trabajadores especiales procedentes de la India. Después de obtenidas las independencias, en 1966 y 1962, respectivamente, los dos Estados se rigen por regímenes parlamentarios de bipartidos con bases raciales.

En Trinidad el racialismo se destaca con rasgos menos acusados, porque junto a los dos núcleos predominantes negro e indostano hay muchos mestizos de varias clases; además de núcleos menores de blancos y chinos. Allí los llamados «criollos», que reúnen elementos blancos, casi-blancos y negros, predominan en el partido gobernante del «Peoples National Movement» (PNM), que dirige el doctor Eric Williams. En cam-

bio los indostanos (que suman el 35 por 100 de la población), son la base del partido de la oposición, que es el «Democratic Labor Party» (DLP).

En Guyana, después de la segunda guerra mundial, hubo un importante movimiento nacionalista e independentista, en el cual tomaron parte a la vez los dos sectores más numerosos de la población. Los que allí se conocen como «indios orientales», y los «afro-guyaneses» actuaban juntos en el «Peoples Progressive Party» (PPP). Pero la independencia ocasionó el desgarramiento entre los indostanos y los negros o semi-negros. Los primeros en la fracción dirigida por Cheddi Jagan. Los segundos en la que preside Forbes Burnham; el cual viene predominando en el gobierno y el parlamento.

En ninguno de ambos pequeños países del sector del Caribe, las diferencias raciales, han dado aún origen a sensibles tensiones de violencia; pero es evidente que en ninguno de los dos las comunidades de destinos internos han creado unidades efec-

tivas entre sus habitantes. Lo que ocurre es que respecto a las formas de vida, y las actividades de los diversos aglomerados étnicos existen profundas diferencias. Bárbara y Víctor Ferkiss, van detallando los sectores de las divergencias culturales, políticas, laborales, económicas-generales, y las referentes a las diversas posiciones ante las formas de conducta ante unas normas que pudiesen llamarse «europeas». Sin olvidar la sugestiva aportación expositiva del concepto que los grupos raciales tienen sobre ellos mismos.

En resumen, el estudio sobre Trinidad y Guyana sugiere que generalmente lo que está en juego cuando se trata de pluralidades raciales dentro de un Estado, no es la dominación tanto como el deseo de organizar la sociedad total según el predominio de los intereses de formación, desarrollo y formas de vida de uno u otro entre los sectores étnicos diferentes o divergentes.

R. G. B.

